

razón porque son su lugartenientes; y como el rey temporal quiere que sus virreyes sean estimados como imagen suya, así también quiere Dios, que es rey soberano y supremo, que lo sean los suyos. Y fácil cosa es saber la estimación del sacerdote, lo cual se deduce del nombre con que la iglesia le nombra, llamándole presbítero, el cual nombre representa vejez y ancianidad en la palabra griega. Y declarándolo San Isidoro,¹⁸ dice, que no se llama el sacerdote viejo por la edad sino por la honra y dignidad en que está subido. Que sea nombre de dignidad en el derecho se dice; y así se llaman los sacerdotes viejos porque deben participar de la honra y estimación que a los ancianos se debe. De los cuales dice el Espíritu Santo: Entre los presbíteros no seas verboso, ni hables demasíadamente.¹⁹ Y luego en el capítulo siguiente añade: No ultrajes ni menosprecies las palabras de los presbíteros sabios; antes te aconsejo que notes con cuidado su doctrina, porque en los antiguos está la sabiduría (como dice en otro lugar)²⁰ y la prudencia en el mucho tiempo. Y de ellos (prosigue luego en este lugar)²¹ aprenderás la sabiduría. De donde se colige el precio y estimación en que quiere Dios que sean tenidos; y para que así se conozca, les da la iglesia este nombre de presbítero, que no sólo quiere decir viejo, sino más viejo; como quien dice: este sacerdote y ministro de Dios ha de ser honrado y reverenciado, no sólo como viejo, sino como el más viejo en estimación.

CAPÍTULO XIX. Cómo la dignidad real y el sacerdocio anduvieron juntos en otros tiempos y naciones del mundo, y se halló en los primeros mexicanos



UE TAN ESTIMADO EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS el sacerdocio, que andaba junto e incorporado en la dignidad real.¹ Y tanto se preciaba uno de ser sacerdote como de ser rey; y no menos se gloriaba de lo uno que de lo otro. Y así vemos haber andado estas dos dignidades juntas, de lo cual tenemos diversos ejemplos que lo comprueban. De Melchisedech dice la Sagrada Escritura,² que era rey de Salén y sacerdote del altísimo, que ofreció a Dios pan y vino, como ministro suyo. De Abraham, dice San Crisóstomo,³ haber sido sacerdote; lo cual prueba por aquellas palabras del Génesis,⁴ donde dice, haberle mandado Dios partir una vaca y ofrecérsela. Y si por razón de este sacrificio, hecho en esta ocasión, de esta vaca y otros animales que allí ofreció, ha de ser llamado sacerdote, mucho con más razón, o a lo menos, no debe carecer de este nombre por

¹⁸ Dist. 21. cap. Cleros.

¹⁹ Eccles. 7, 15.

²⁰ Eccles. 8, 9.

²¹ Eccles. 8, 10.

¹ Exod. 19, 6.

² Genes. 14.

³ Div. Christ. in Math.

⁴ Genes. 15.

muchos altares que edificó y sacrificios que a Dios ofreció, como parece en el capítulo 12 del *Génesis*, apareciéndole Dios hablando con él y ofreciéndole muchas ofrendas. También fue rey, según Josefo, diciendo de él estas palabras: Abraham reinó en Damasco y hasta hoy se conserva su nombre en la ciudad damascena y se manifiesta el lugar de su morada, de donde parece haber sido rey; y no sé si será demasia pensar que aquella hazaña grande que hizo, de salir contra cuatro reyes y vencerlos, fue hecho de rey y más que rey mostrando ánimo y fortaleza en el acometimiento (siendo tanta y tan grande la disparidad y desigualdad de la gente, por ser sin número comparativo la de los contrarios, respecto de Abraham), y a este hombre tan valeroso, a quien Dios hizo tan valiente, quiso darle nombre de sacerdote. Y dado caso que en la persona no lo fuese (como lo quiere probar el Tostado)⁵ a lo menos fue en los actos que ejercitó, altares que levantó y sacrificios que ofreció. Noé (dice Álvaro Pelagio)⁶ hizo oficio de sacerdote en la vaca que ofreció a Dios en sacrificio, después de el Diluvio y cesación de las aguas, como se ve claro en el octavo capítulo del *Génesis*, y no sólo ofreció vaca, pero en el altar que levantó hizo un solemne sacrificio de muchas aves y animales que para él mató, cuya intención y obra recibió Dios. También fue rey rigiendo sus familias, como mayor y más preeminente de todas, y esto por espacio de trescientos años que vivió después de el Diluvio, cuya vida toda fueron novecientos años. Gobernó a los hombres de su tiempo, ordenó ciudades, estableció leyes, premió buenos y castigó malos, todo lo cual es oficio de rey, aunque por aquellas edades no se conoció este nombre. Con lo dicho parece quedar probado ser el oficio de sacerdote muy estimado en el mundo y haber sido incorporado con el de rey, pues los que hacían oficio de reyes usaban el de sacerdotes. Y de Samuel sabemos que, demás de ser profeta, hizo oficio de sacerdote, ordenando sacrificios y ofreciéndolos por Saúl y en otras ocasiones. Y fue rey, aunque no nombrado por este nombre, y rigió muchos años el pueblo de Israel; y por ser tan estimado hubo algunos reyes que habiendo cesado esta licencia, de ser sacerdote, juntamente quisieron usurpar este oficio e inciensar el altar, pero fueron castigados en su atrevimiento; en especial se lee este castigo en el rey Azarías o Osías, como parece en el cuarto *De los reyes*⁷ aunque la causa de su castigo se declara en el segundo *De el Paralipómenon*,⁸ que fue haber querido inciensar el altar, usurpando el oficio a los sacerdotes; y en pena de su atrevimiento fue lleno de lepra y echado del templo con confusión y apartado de la comunicación de los hombres hasta que miserablemente murió.

Estas dos dignidades (conviene a saber), de sacerdote y rey, se halla haber concurrido en naciones gentiles y paganas, no teniéndose por estimados si no ejercitaban estos dos oficios; de los cuales vienen a cuento los sacerdotes de los reinos de Francia, como cuenta Julio César en sus *Comenta-*

⁵ Abulens. in cap. 21. lib. 4. Reg.

⁶ Fr. Alvar. de Plantat. Eccles. lib. 1. cap. 13.

⁷ 4. Reg. 15. 5.

⁸ 2. Paral. 26, 17. et 19.

rios,⁹ los cuales, dice que fueron muy estimados por haber sido muy dados al culto y servicio de los dioses. Éstos tenían autoridad de juzgar cualquiera negocio que se ofrecía, ora fuese público o secreto; cualquier delito o culpa que en la república se cometía castigaban como jueces ordinarios, por ser auditores de todas las cosas que se trataban; cualquier pleito o litigio, así de heredades y tierras como de otras posesiones y casas que ante ellos pasaba, lo sentenciaban y concluían con satisfacción de partes; y daban castigo o premio por las cosas que a su tribunal ocurrían; criaban magistrados, instituían señoríos como gente absoluta y que no tenían superior a quien dar cuenta de nada. De donde parece que estos sacerdotes hacían oficio de reyes, siendo el propio sacerdotal. De los primeros mexicanos que vinieron a esta tierra sabemos que no trajeron rey, ni otro caudillo particular (contra los que tienen o afirman lo contrario),¹⁰ sino que venían regidos de los sacerdotes y ministros del demonio, sobre cuyos hombros venía la imagen del dios Huitzilupuchtli, y a los consejos y determinaciones de estos ministros eran obedientes. De manera que los más supremos en aquella república, y que tenían veces de príncipe y servían de rey a los sacerdotes y ministros del demonio, obedecían como a supremos y que no reconocían dependencia de nadie.

CAPÍTULO XX. *De cómo ha sido costumbre del demonio constituir ministros para mejor introducir sus errores y engaños, tomando motivo de lo que Dios ha hecho en las edades y tiempos antiguos*



OSTUMBRE HA SIDO DE DIOS, desde los primeros tiempos del mundo, darse a conocer a los hombres por sus ministros, apareciéndose a unos y por estos mismos hablando y manifestándose a otros. Con Adán habló y a él le puso precepto y por él hablo a Eva, cuyo mandamiento no guardó. A Moysén tomó por su caudillo para la elección de su pueblo y por boca suya le dio la ley y lo industrió.¹ Después también, corriendo el tiempo, les fue hablando por sus profetas, como en todos es manifiesto y nos lo dice San Pablo;² y de ello se precia el mismo Dios, diciendo que no ha hecho cosa en su pueblo que primero no la hubiese comunicado con sus profetas. Y últimamente el mismo Dios, tomando carne humana, se hizo pregonero de su misericordia, hablando por boca de su hijo (como el mismo Apóstol³ nos enseña y la verdad católica nos lo publica). Ésta ha sido costumbre de Dios (como digo) desde la creación del mundo y formación del hombre; y no sin gran razón ha usado de este modo particular de

⁹ Caesar in Comentar. de Bello Gallico.

¹⁰ Tomo I. lib. 2. cap. 1.

¹ Genes. 2, 16. Genes. 6. Exod. 19. et 20.

² Ad Ephes. 3, 6.

³ Ad Ephes. 2, 17. et 4, 22.